

HOMILIA EN LA CORONACION CANONICA DE MARIA AUXILIADORA Algeciras, 1 de julio de 2017

¡Que día tan hermoso! Este es nuestro sentimiento común. Mirad a María, contemplad su belleza inigualable, toda hermosa. Querédla con todo el corazón, fiaos de Ella, habladle, y pedidle, porque hemos venido a expresarle nuestro amor y nuestra gratitud. Ella es María, la Virgen, nuestra Madre y nuestra Reina, y queremos expresarlo visiblemente con esta coronación.

Queridos hermanos, Pueblo Santo de Dios: “¡Qué delicia convivir los hermanos unidos!” (Sal 133,1). Gracias por vuestra presencia. Gracias queridos sacerdotes, religiosos y religiosas, cofradías, movimientos y asociaciones. Gracias autoridades civiles y militares. Agradezco de antemano vuestra colaboración, trabajos, desvelos para hacer posible este día. Vale la pena y Ella os lo recompensará intercediendo ante su Hijo, que es el Hijo de Dios.

María Auxiliadora, es la Madre de Jesús venerada y aclamada en el mundo entero, recogiendo la gratitud de los hijos de Dios a la que es Auxilio de los Cristianos y Madre de las Victorias, por las muchas batallas en las que nos ha fortalecido con su presencia e intercesión, invocada así desde el siglo cuarto y más recientemente por San Juan Bosco y los PP. Salesianos con especial devoción. A ella debemos acudir siempre, pero especialmente en las dificultades de la fe. El cetro de María Auxiliadora señala la divinidad del Hijo. Su Hijo, que es Dios, extenderá el brazo de su poder para salvarnos. Sus brazos extendidas en la cruz, son signos de impotencia y abandono, y de abrazo para toda la humanidad. La corona es signo de reino y de realeza: Jesús anuncia el reino de Dios o reino de los cielos, y, por tanto, la corona y el cetro indican la fuerza del Evangelio, la fuerza de Jesús. El nos enseña que Reinar es servir. María, “la esclava del Señor”, que nos trajo a Jesús, nos trae con El toda la fuerza del Evangelio.

La única medicina para el desconcierto, el desasosiego, el desánimo o el desencanto que muchas veces hiere y llena de miseria al corazón humano es Jesucristo. Cristo Jesús es la esperanza de toda persona porque da la vida eterna, en Él está la plena felicidad y se colma toda esperanza. Él es la palabra de vida venida al mundo para que los hombres tengamos vida en abundancia. Jesucristo, el Hijo de María, nos ha traído todo el infinito amor de Dios, que “hace justicia a los oprimidos, da pan a los hambrientos, liberta a los cautivos, abre los ojos al ciego, endereza a los que ya se doblan, ama a los justos, sustenta al huérfano y a la viuda y trastorna el camino de los malvados” (Sal 145). Jesús, nacido de María, nos ha hecho posible acceder a ese amor tan inmenso de Dios que no pasa de largo del hombre caído, robado, malherido y maltrecho, tirado en la cuneta, a la vera del camino por donde tantos pasan y no se paran ante la miseria y las heridas; Jesús, a quien gestó en su seno su Madre, María, nos ha hecho ver, tocar y palpar ese amor en su persona misma que ha venido a traer la buena noticia a los que sufren, que anuncia, como signo suyo, su Evangelio de misericordia a los pobres y desvalidos.

En Jesucristo, vemos y palpamos a Dios, amor infinito e incondicional por el hombre y por la vida del hombre. Dios, el Misterio que da consistencia a todas las cosas, se nos ha revelado en Jesucristo, nacido de María siempre virgen, y entregado, como

amor infinito e incondicional por el hombre y por la vida del hombre, se nos ha revelado como amigo y cercano a los hombres, compartiendo sus pobrezas y sanando sus heridas. ¡Dios ama a los hombres, nos ama a cada uno de nosotros, tal y como somos, con todo el peso de pecado y miseria que llevamos dentro de nuestro corazón!

En Él tenemos la verdad y la grandeza del hombre, lo que vale el hombre, la grandeza de la vocación y esperanza a la que somos llamados. Por el don que se nos ha hecho al darnos a conocer a Jesucristo, gracias a María, su Madre y nuestra Madre, podemos ser conscientes de que toda persona es un sagrario vivo e inviolable, un portador de Cristo, que se identifica singularmente con los pobres, los que padecen hambre o sed, los que no tienen techo bajo el que vivir, los desahuciados, los que carecen de vestido, están enfermos, son extranjeros o inmigrantes, están privados de libertad, viven en las esclavitudes antiguas o nuevas, están amenazados en sus vidas o son privados de ella vilmente con la persecución o el exilio, mueren perseguidos por su fe o en las pateras que surcan el mar buscando una situación mejor para sí mismos o sus familias.

Digamos pues a María. Te queremos, María Auxiliadora:

¡Qué grande es el amor de Dios, María, que Él se ha hecho en ti, pequeño, una pequeña criatura, porque dijiste “hágase en mí, según tu palabra”. Y después ese amor se manifestó muy grande, pues nació pobre, sin casa, sin techo, en un establo; y vivió contigo y José en la aldea de Nazaret, y luego pasó haciendo el bien y hasta entregar su vida libremente por nosotros en la cruz identificándose con todos los excluidos, condenados injustamente. Por puro amor murió por nosotros pecadores para rescatarnos del mal. Y allí, junto a la Cruz, estabas Tú y nos fuiste dada por Madre a nosotros, junto al mayor desvalido necesitado de auxilio, que fue tu Hijo, Jesús.

No hay maravilla más grande que la del amor y de la misericordia de Dios que tú supiste cantar. Por eso, Madre, enséñanos a descubrir como tú las maravillas y la grandeza del amor misericordioso de Dios, que tanto nos ama y nos amó, sin mérito ninguno por nuestra parte. Ese amor cambia el corazón de los hombres y los hace capaces de amar con su mismo amor, y así renovar el mundo, haciendo posible que surja un mundo nuevo, donde los hombres se amen, y que aparezca una nueva civilización del amor, como gustaba decir San Juan Pablo II, que decía ser “todo tuyo y nada más que tuyo”. Desde esa Cruz en la que fue clavado tu Hijo, cuando ya había dado su vida, nos dio como regalo a ti, María, lo más querido, su madre, para que fueses madre nuestra, madre de los crucificados, de los pobres, de los despojados, de los abandonados, de los desamparados y de los inocentes. ¡Qué maravilla, Madre! Necesitamos que nos muestres a Jesús, donde está todo el amor, en quien podemos ver y palpar al mismo Dios, que es amor; necesitamos descubrirle ahí, donde Él quiso quedarse con nosotros, en el Santísimo Sacramento del altar; porque necesitamos amar con el mismo amor suyo; necesitamos amarle, ser amados para amar y llevar a cabo la gran revolución que el mundo necesita, la revolución del amor, la revolución de Dios. Danos, pues a Jesús, fruto bendito de su bendito vientre, la única respuesta a nuestro desamparo, soledad, indigencia y pobreza, la única respuesta a nuestra esperanza.

Hermanos: Contemplando a María nos sentimos llamados a ser personas de fe, amigos fuertes de Dios, como Ella, y permanecer atentos a las necesidades, tribulaciones, carencias y sufrimientos de los hombres bajo el dolor o el desamparo. Hermanos, que nos sintamos muy cercanos a los pobres, los marginados, los ancianos, los amenazados en sus vidas o los perseguidos por su ser cristianos, los desamparados y abandonados, de los que pasan hambre o no tienen trabajo, de los que sufren violencia de cualquier tipo, de los que no tienen cobijo de hogar, de los que se arrastran sin esperanza o andan desalentados, de los que carecen de sentido por la vida o vacíos; nuestras palabras más llenas de ardor han de ser aquellas palabras que muestren la compasión y la misericordia del Señor, la ternura y la mirada maternal y entrañable de la que es Madre Auxiliadora.

Demos, pues, testimonio de ese amor defendiendo al hombre, apostando por el hombre, por su dignidad inviolable, la de todo hombre y la de toda vida aunque no haya nacido y aunque no sea útil ni tenga capacidad; defendamos los derechos humanos inviolables y fundamentales de todo hombre por el hecho ser hombre y que no son fruto de consensos políticos o económicos o de otros intereses a veces inconfesables, derechos inalienables tan amenazados hoy. Que amemos y respetemos a todo ser humano por sí mismo, no por lo que me pueda reportar de utilidad, o de placer, como si fuese una cosa o un objeto que se puede usar y después desechar o tirar.

Madre queridísima:

Acuérdate de nosotros, tus hijos, acuérdate de todos nuestros amigos, familiares y paisanos, e intercede por nosotros para que el vigor del Espíritu Santo penetre a todos con su amor y nos haga testigos de esa misericordia entrañable de Dios. Madre, que ese Amor, que es el Hijo de Dios venido al mundo en carne en tu seno virginal, esté en nosotros y lo comuniquemos a los hombres para que también ellos puedan tener la experiencia y la alegría desbordante de la cercanía de Dios y de su amor, que no pasa de largo del hombre herido, maltrecho, robado, despojado, tirado en la cuneta del camino, y que se inclina para curarlo y llevarlo donde hay calor y cobijo de hogar. Acuérdate de tu Iglesia, para que sea el hogar donde todos son acogidos para recibir la fe y el amor de Dios.

Los algecireños te presentamos nuestras preocupaciones: Te pedimos por tantos jóvenes, a los que la iglesia y los PP. Salesianos dedican especialmente: que crezcan sanos de corazón para que sean santos cristianos y buenos ciudadanos. Mira especialmente a los jóvenes sujetos a diversas adicciones como droga, alcohol o sexo; esos jóvenes que son instrumentalizados a veces por intereses inconfesables, rebajándoles a objetos e instrumentos. No puedo olvidar ante Ti, Madre querida, a tantos jóvenes que buscan trabajo, que están desanimados por no tener empleo tras el sacrificio de sus estudios, o que son utilizados con contratos basura, o que son manejados por ideologías. Mira aquellos que nos tienden la mano pidiendo ayuda, cariño, sentido, esperanza, verdad y amor sin que lo encuentren.

Te pedimos por las familias de todo el mundo, las familias de España, a las familias de Algeciras. Ayúdanos a proclamar y vivir el Evangelio de la familia, lugar de la alegría del amor, santuario de la vida. María Auxiliadora, Madre de la Sagrada Familia, pobre y que sufrió destierro, ayuda a la humanidad entera a comprender que el bien del hombre y de la sociedad está profundamente vinculado a la familia; que su futuro, el futuro del hombre y de la humanidad, se fragua en la familia, y que

es indispensable y urgente que todo hombre de buena voluntad se esfuerce por salvar y promover el matrimonio, unidos en un amor fecundo, indisoluble, lugar donde se respira y se goza de la alegría del amor. Protege a los novios en un ideal de amor sano y santo.

Cuida también a los emigrantes: Los que viven aquí y los que pasan el estrecho. Te pedimos especialmente por los africanos; también por los gitanos que tienen como ejemplo a dos santos: San Ceferino, "el Pelé", patrón de los gitanos, y Emilia la Canastera", gitana santa de Tíjola" (Almería) mártires por ser fieles a Cristo y confesar su fe.

Ante tu imagen querida Madre, María Auxiliadora, de nuevo como en Caná de Galilea, escuchamos o queremos escuchar tus palabras que nos dicen: "Haced lo que Él, tu Hijo, nos diga"; acoged la palabra de Cristo, obedecedle, hacedle caso, en la fe, seguid esa palabra en la vida, haced de ella la pauta inspiradora de vuestra conducta familiar, social y pública. En tus palabras de Caná comprendemos que Cristo es nuestro único maestro que debe instruirnos, nuestro único Señor del que debemos depender, nuestra única cabeza a la que debemos permanecer unidos, nuestro único modelo con el que conformarnos, nuestro único médico que debe curarnos, nuestro único pastor que debe guiarnos y que ha de alimentarnos, nuestro único camino que debe conducirnos, la única verdad que debemos creer, la única vida que debe vivificarnos y nuestro único todo en todas las cosas que debe bastarnos. Así, Madre querida, seremos dichosos, como tú quieres que seamos.

Hermanos muy queridos, pueblo de Algeciras: sed fuertes, no temáis, mirad a vuestro Dios y la ternura amorosa de María. Acudamos a Jesús por María, Madre Auxiliadora de los cristianos, consuelo de los afligidos, esperanza nuestra. Nuestro pueblo necesitade este aliento, de esta fortaleza, de este ánimo que solo Dios, en Jesucristo, del que es inseparable su Madre, puede dar, porque Él está con nosotros, en medio nuestro. Esta es la hora de Dios, de la esperanza que no defrauda; es la hora de la ternura de María, Madre de Dios y Madre nuestra. María Auxiliadora, ruega por nosotros. Amen.